

Cien años de soledad

Una aproximación al estudio del tiempo

Karina Alejandra Cortés

Profesora en Artes Plásticas, orientación Pintura, Facultad de Bellas Artes, UNLP.

Docente de las cátedras Historia de la Cultura III e Integración Cultural II.

Integrante del Proyecto de investigación "La escuela pictórica de La Boca como modelo de identidad", Programa de Incentivos.

María Silvana Valesini

Diseñadora en Comunicación Visual y Profesora en Artes Plásticas, orientación Escenografía, Facultad de Bellas Artes, UNLP.

Docente de las cátedras de Escenografía I-V e Historia de la Cultura III.

Integrante del Proyecto de investigación "Escenotecnia en Imágenes. Atlas técnico teatral", Programa de Incentivos.

Paradójico, el tiempo, todo lo da y todo lo quita. Porque el reloj gobierna la rutina de los hombres, nada hay más objetivo que el tiempo, pero también nada hay más subjetivo que él cuando la espera lo paraliza y la emoción lo acelera. Nada más personal, nada más compartido. Nada más abundante, nada más escaso. El tiempo está en todas partes y en ninguna.

Es la forma de ser y de no ser. El tiempo es puente, pero también abismo. Desechable, inmortal. La vida está hecha de tiempo, pero así mismo es una carrera contra el tiempo. (...) El tiempo es el enigma de la existencia, pero también la clave, la sustancia, el reto

Julián Serna Arango

Este trabajo analiza el tratamiento del tiempo en la novela de Gabriel García Márquez *Cien años de soledad*.¹ Se considera que, dentro de las múltiples miradas que la obra posibilita, la del tiempo es una de las más pregnantes. En esta obra es recurrente y deriva en conceptos relacionados tales como la memoria, el olvido, la muerte.

Un esquema general de la estructura (en tanto forma-contenido) de la obra permite señalar que su compleja secuencia de acciones puede ser sintetizada de la siguiente manera: una matriz temporal, en torno a la cual se articulan dos momentos diferentes. Uno de ellos, previo a la fundación de Macondo que se encuentra en la vertiente de los hechos históricos reales, según sus leyes y determinaciones; y otro, que puede situarse en Macondo a lo largo de cien años y tienen un carácter especular, imaginario, aparente.

Primer momento

El primer momento está vinculado al tiempo histórico. Puede ser sintetizado de este modo: Riohacha, población costera colombiana, es asaltada en el siglo XVI por el pirata británico Sir Francis Drake, como la mayor parte de los territorios coloniales españoles en el proceso de desgaste en que el imperio

británico saquea y acumula su nuevo dominio capitalista. Sin embargo, los únicos efectos del imperialismo inglés incipiente son – en la novela– las quemaduras que se causó la bisabuela de Úrsula Iguarán, quien "(...) se asustó tanto con el toque de rebato y el estampido de los cañones, que perdió el control de los nervios y se sentó en un fogón encendido" (p. 32). De la brutalidad del saqueo y de las acciones que culminaron con el dominio imperial británico bajo un nuevo signo se advierten en la novela las pesadillas de este personaje por cuya causa la familia huye hacia unas rancherías en la sierra, en las que conocerán y convivirán con la familia Buendía.

Transcurridos muchos siglos y luego de varios matrimonios entre ambas familias, Úrsula y José Arcadio se casan. El temor al hijo con cola de puerco, producto del incesto, evita la consumación del matrimonio, hasta que las burlas (que ponen en duda su honor viril) provocan a José Arcadio a matar a Prudencio Aguilar. Úrsula y José Arcadio huyen de esa culpa "(...) ligados hasta la muerte por un vínculo más sólido que el amor: un común remordimiento de conciencia" (p. 33), caminan (figura contraria a la que señala la Biblia) "(...) hacia la tierra que nadie les había prometido" (p.37) y fundan Macondo.

Cien años de soledad es una de las manifestaciones metafóricas más expresivas de la historia colombiana –y latinoamericana en general– desde la conquista ibérica hasta nuestros días. Al hablar de historia no se señalan solamente los hechos puntuales que se expresan en el mundo literario (la violencia generalizada desde la colonización española, el sentido del honor que limita las posibilidades para la solidaridad, las incursiones de los piratas británicos, las interminables guerras entre partidos personalistas, las matanzas multitudinarias que sirven para instaurar, mantener y reacomodar el dominio económico-político y militar del imperialismo). Lo fundamental en la obra es que en la construcción literaria estos hechos intensifican su capacidad de referencia histórica en lo poético.

Segundo momento

A partir de la fundación de Macondo, el tiempo del relato adquiere una configuración en espiral: el futuro conduce al presente y al pasado, para transcurrir luego en un territorio mágico. Véase, por ejemplo, el relato de la muerte de Úrsula. Se anuncia inicialmente lo que aún no ha sucedido: "Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morirse cuando escampara" (p. 440). Luego se vuelve al pasado: "(...) llo-

ró de lástima al descubrir que por más de tres años había quedado para juguete de los niños" (p. 440). Retorna al presente para reiniciar la restauración de la casa y encontrarse con José Arcadio Segundo en el cuarto de Melquíades donde: "(...) se estremeció con la comprobación de que el tiempo no pasaba, como ella lo acababa de admitir, sino que daba vueltas en redondo" (p. 443). Regresa al pasado, nuevamente, cuando confunde a Aureliano Babilonia con el coronel (p. 450). En el presente se señala que "(...) no volvió a recuperar la razón" (p. 450).

La estructura inicial de algunos capítulos también reitera el proceso que relata un hecho desde el futuro (la muerte) para luego retroceder en el tiempo hacia el pasado: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo" (p.9).

La diferencia entre modos de inscripción orales y escritos está marcada desde la primera frase de la novela: (...). El pretérito simple de la narración ("su padre lo llevó") se ubica en un futuro que ya ha ocurrido, una operación que es posible sólo gracias a la cristalización de la escritura y a su compleja sintaxis. Esta perspectiva depende también de una concepción de la historia escrita como una serie ordenada en el tiempo, cuyos momentos finales pueden verse como ya escritos en los primeros. La localización de un pasado recordado dentro de un futuro que en cierto sentido ha ocurrido ya constituye la estructura temporal del libro en conjunto.²

Cien años de soledad relata las condiciones en que la huida de la culpa de José Arcadio y Úrsula origina la fundación de Macondo. Como consecuencia de ello, es un lugar en que la realidad histórica y social es negada, lo que se evidencia en el retraso con respecto a los progresos científicos, tecnológicos y literarios de la época, así como en el aislamiento de la estirpe de los Buendía. El lugar cerrado por excelencia es el cuarto de Melquíades, que se relaciona con el destino cifrado de la familia. Este cuarto posee la virtud de recibir la visita fantasmal de su dueño cada vez que alguno de los Buendía se interesa por interpretar los manuscritos. Además, en este espacio el tiempo no transcurre, prueba de lo cual es que las cosas no se ensucian, hasta el momento en que el fantasma se desvanece definitivamente porque ya Aureliano Babilonia ha iniciado el proceso de la traducción.

Ambos descubrieron al mismo tiempo que allí siempre era marzo y siempre era lunes, y entonces comprendieron que José Arcadio Buendía no estaba tan loco como contaba la familia, sino que era el único que había dispuesto de bastante lucidez para vislumbrar la verdad de que también el tiempo sufría tropiezos y accidentes, y podía por tanto astillarse y dejar en un cuarto una fracción eternizada (p. 461).

Sólo dos militares (el coronel y el oficial que persigue a los dirigentes sindicales) no pueden ver el cuarto limpio, porque para ellos sólo la suciedad y el deterioro naturales son visibles. Sólo cuando Melquíades muere por tercera vez y en forma definitiva, el cuarto se hace vulnerable al transcurso del tiempo.

La versión –en la novela– de la absoluta incapacidad de la literatura para fundar la comunicación está en los Manuscritos de Melquíades, escritos "de espaldas a la ventana", en un idioma muerto y cifrados de tal manera que su interpretación dura cien años: "Melquíades no había ordenado los hechos en el tiempo convencional de los hombres, sino que concentró un siglo de episodios cotidianos, de modo que todos coexistieran en un instante" (p. 547).

Los manuscritos son la profecía que no puede advertir los peligros ni antes ni después que ocurran las desgracias, su lectura es simultánea con la destrucción y tampoco sirve de advertencia:

(...) cuando Aureliano saltó once páginas para no perder el tiempo en hechos demasiado conocidos, y empezó a descifrar el instante que estaba viviendo, descifrándolo a medida que lo vivía, profetizándose a sí mismo en el acto de descifrar la última página de los pergaminos, como si se estuviera viendo en un espejo hablado (...) Sin embargo, antes de llegar al verso final ya había comprendido que no saldría jamás de ese cuarto, pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos (p. 548).

En el proceso de concluir el desciframiento de los pergaminos, Aureliano Babilonia regresa a los orígenes "olvidados". Según la concepción mítica, el conocimiento de los orígenes se une con la destrucción y el renacimiento del mundo. Gracias a este conocimiento es posible adivinar el futuro e influir en él. También Aureliano llega a conocer y entender su pasado dominado por la leyenda del hijo con cola de cerdo. Además, conoce-vive el futuro

(el castigo que viene con ese hijo) que se está convirtiendo en presente e incluye a Macondo y al propio Aureliano. En el momento de la lectura de las últimas líneas de Melquíades, sin embargo, el conocimiento del pasado no le sirve de nada. Ya es tarde para poder cambiar el futuro. El huracán bíblico está destruyendo a todo el mundo de Macondo junto con el protagonista mismo.

El significado de los manuscritos se revela ordenado en el tiempo y el espacio de los hombres: "El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas". Irónicamente, sin haberse olvidado del pasado (sin haber cometido el pecado del incesto y sufrido el castigo en forma del nacimiento del hijo con cola de cerdo), Aureliano Babilonia nunca hubiera podido conocer el futuro (los pergaminos). Olvidarse del pasado significa morir; para conocer el futuro en el caso de los Buendía, hay que olvidarse del pasado; a Aureliano Babilonia, por tanto, no le queda otra opción que conocer el pasado y morir en el futuro hecho presente.

La peste del insomnio. La memoria y el olvido

En la primera etapa de Macondo, sus fundadores consiguen escapar eficazmente a la conciencia de su culpa. En esta etapa, Macondo es una ciudad feliz, en la cual reina la igualdad perfecta, "(...) donde nadie era mayor de 30 años y donde nadie había muerto" (p. 20).

Luego José Arcadio Buendía se vuelve aficionado a la alquimia y Úrsula emprende su negocio de animalitos de caramelo. Macondo ya no está aislado del resto del mundo. La casa de los Buendía –y la aldea, que es un espejo de la casa– empieza a llenarse de gente ajena. Con los elementos ajenos (los indios Visitación y Cataure, la niña Rebeca, el bebé Arcadio, el corregidor o el cura) la pureza inicial de Macondo se contamina. Esta contaminación culmina con la peste del insomnio, que disuelve la realidad en una farsa grotesca. La destrucción por el olvido viene anunciada por la desaparición de José Arcadio, el hijo, que se olvida de sus padres, de su pueblo natal, de su religión y se va con los gitanos (p. 51).

La peste evoca las enfermedades traídas al Nuevo Mundo desde Europa, que destruían rápidamente a la población aborígen. Las epidemias y la llegada de la nueva religión causaron la gradual desaparición de las creencias precolombinas, que caían en el olvido. Y eran justamente las culturas indíge-

nas las que conservaban la concepción mítica de la vida, mientras que los europeos ya la iban perdiendo con la institución de la Iglesia. La peste del insomnio atemoriza a Visitación y Cataure precisamente porque el olvido que causa representa la muerte del alma, la pérdida de los ejemplos divinos en la vida humana y, de ahí, la pérdida de la identidad y del sentido de la vida:

(...) la india le explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotéz sin pasado (p. 65)

Los Buendía, en cambio, no ven peligro alguno en la peste y atribuyen el horror de los indígenas a puras supersticiones. José Arcadio incluso parece contento: "Si no volveremos a dormir, mejor (...) Así nos rendirá más la vida" (p. 65). El olvido de la vida espiritual se hace presente en Macondo: en el laboratorio, José Arcadio olvida el espíritu y se aferra únicamente al intelecto, hundiéndose en la alquimia; en la cocina, Úrsula se convierte en una máquina de hacer dulces. Los animalitos de caramelo la obsesionan y le quitan el tiempo y el amor para sus hijos. No es gratuito, entonces, que la peste del insomnio se extienda por todo Macondo mediante los animalitos de caramelo fabricados por Úrsula.

Los macondenses toman la peste con la misma frivolidad que los Buendía. Cuando ya se demuestran los síntomas del olvido, recurren a la práctica inventada por Aureliano de equipar todos los objetos con tarjetas con nombres y descripciones de uso correspondientes. Este esfuerzo absurdo llega hasta el punto de erigir un letrero con la inscripción "Dios existe" (p. 70) en la entrada del pueblo. La intención de José Arcadio Buendía de construir una máquina de la memoria simboliza alegóricamente las limitaciones de la ciencia, tan apreciada por el hombre moderno. La situación en Macondo se vuelve totalmente grotesca: "(...) el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril... y una fecha de nacimiento quedaba reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel" (p. 70). Incluso la tradición medieval europea, según la cual los enfermos tenían que

llevar una campanita para prevenir a los sanos, acaba grotescamente deformada: "Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que estaban sanos" (p. 68).

Es Melquíades, el iniciador de la manía científica en Macondo, quien viene a salvar a todos de la peste de insomnio. El momento en el cual José Arcadio Buendía recupera la memoria guarda mucha similitud con la recuperación de la fe, de la identidad humana, del sentido de la vida: "Los ojos se le humedecieron de llanto, antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados, antes de avergonzarse de las solemnes tonterías escritas en las paredes" (p. 72).

El tema de la memoria está presente a lo largo de la novela personificado en las centenarias Úrsula y Pilar Ternera. Úrsula representa la memoria moral, siempre repite los orígenes de los Buendía a todos los miembros de la familia y así previene el nacimiento del hijo con la cola de cerdo. Cuando ella muere, la dinastía se olvida de la predisposición fatal y el hijo-monstruo nace. La memoria de Pilar Ternera, por otro lado, no sirve para prevenir la catástrofe. Al contrario, cede a la fatalidad de la familia y facilita las uniones prohibidas y temidas por Úrsula.

La muerte

En Macondo el tema de la muerte así como el del tiempo se desarrollan desde un punto de vista mítico: allí los muertos sienten y lloran y se comportan como seres vivos. En la concepción mítica del mundo la muerte nunca es definitiva y siempre significa el renacimiento de la vida nueva e inicio del siguiente ciclo de la existencia.³ Además, la importancia mítica de la memoria mantiene "vivos" a los antepasados.⁴ Consecuentemente, *Cien años de soledad* no presenta una frontera definida entre la vida y la muerte. Los muertos continúan viviendo en la casa con los vivos (Melquíades, José Arcadio Buendía y Prudencio Aguilar) y como si fueran vivos (por ejemplo, Prudencio Aguilar envejece (p. 109), se hace amigo de José Arcadio Buendía y hace proyectos para el futuro con él (p.189). Los vivos, por otro lado, se entregan a los ritos de la muerte. Así Amaranta se encarga de las preparaciones de los funerales del coronel Aureliano Buendía, espera prestar los mismos servicios a Rebeca y ella misma se "(...) prepara para la muerte como para una fiesta" tejiendo su mortaja y planeando todos los asuntos de un modo tan preciso que la familia se burla de ella. Otros protagonis-

tas se entierran a sí mismos durante su vida (Rebeca en la casa de Arcadio, el coronel Aureliano Buendía en su taller, José Arcadio Segundo en el cuarto de Melquíades). Los muertos llegan por correo como regalos navideños para niños, como macabro paquete gigantesco con el cadáver del padre de Fernanda (p. 286).

La muerte se vuelve estacionaria, pero los muertos envejecen. Mientras para los vivos sus días se van tornando iguales y los habitantes caen en una amnesia del tiempo, en una juventud sin muerte, los muertos viven la soledad y el aburrimiento existenciales y retornan a la vida para encontrar compañía.⁵

La unión de la muerte y la vida se muestra claramente en la última etapa de la vejez de Úrsula, que se va reduciendo poco a poco, "(...) fetizándose, momificándose en vida, hasta el punto de que en sus últimos meses era una ciruela pasa perdida dentro de un camisón (...) Parecía una anciana recién nacida" (p. 451). La ambigüedad entre la muerte y la vida corresponde a la concepción mítica de la existencia, según la cual la muerte nunca tiene carácter definitivo. De ahí la falta del temor ante la muerte por parte de los Buendía: "(...) la muerte es una mujer de pelo azul que conversa serena como un céfiro, mientras borda la mortaja de sus elegidos".

El único modo de morir definitivamente es ser olvidado por los vivos. Por estas razones la peste del insomnio y la pérdida de la memoria espantan tanto a los indígenas. Del mismo modo, Melquíades y Prudencio Aguilar regresan al mundo de los vivos porque no pueden soportar la soledad de la muerte definitiva. Por eso la última pareja de los Buendía está acompañada constantemente por los espíritus de la estirpe:


Muchas veces fueron despertados por el tráfago de los muertos. Oyeron a Úrsula peleando con las leyes de la creación para preservar la estirpe, y a José Arcadio Buendía buscando la verdad quimérica de los grandes inventos, y a Fernanda rezando, y al coronel Aureliano Buendía embruteciéndose con engaños de guerras y pescaditos de oro, y a Aureliano Segundo agonizando de soledad en el aturdimiento de las parrandas, y entonces comprendieron que las obsesiones dominantes prevalecen contra la muerte, y volvieron a ser felices con la certidumbre de que ellos seguirían amándose con sus naturalezas de aparecidos, mucho después de que otras especies de animales futuros les arrebataran a los insectos el paraíso de miseria que los insectos estaban

acabando de arrebatárles a los hombres (p. 541).

Conclusiones

La novela está impregnada de una atmósfera de reclusión y de circularidad que se genera de diversas formas, que incluyen el estado del tiempo, la repetición de los nombres y eventos y los procesos de deterioro físico y social. Lo temporal aparece en calendarios y cronologías, pero también en el árbol de la descendencia, la genealogía.

El tiempo circular y el lineal conforman la doble línea sobre la que se construye el relato: la vuelta (el ritmo, la repetición) y la disolución (el progreso, el deterioro). Se observa una fascinación por el transcurrir de largos períodos, dominados por un evento fatal. La historia de los Buendía se extiende a los cien años durante los cuales se difiere el castigo del deseo incestuoso. Durante estos cien años la historia se detiene y el ser humano se sume en la alienación de sí mismo, de los demás y del progreso colectivo. La forma-contenido estructural tiende a ser predominantemente circular y culmina en un momento de simultaneidad que condensa cien años en un instante, después del cual se advierte que toda la existencia de Macondo, como territorio virtual, era sólo un reflejo, una imagen en un espejo que —si alguna vez existió— ha sido borrada de la memoria de los hombres.

(...) Y que en cualquier lugar en que estuvieran recordarán siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irre recuperable, y que el amor más desatinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera (p.530). 

1 Gabriel García Márquez: *Cien años de Soledad*, Madrid, Sudamericana, Maestros de la Literatura Contemporánea, 1995. Todas las citas de la novela se remiten a esta edición.

2 William Rowe: "García Márquez. La Máquina de la Historia". El URL de este documento es <<http://www.novela colombiana.com>>

3 Mircea Eliade: *Mito y Realidad*, Madrid, Guadarrama, 1973, pp. 73, 89-90.

4 *Ibid.*, pp. 48-50 y 103-104.

5 Oscar Sambrano Urdaneta y Domingo Miliano: "Gabriel García Márquez. Cien años de soledad", en *Literatura hispanoamericana II*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, p.437.